

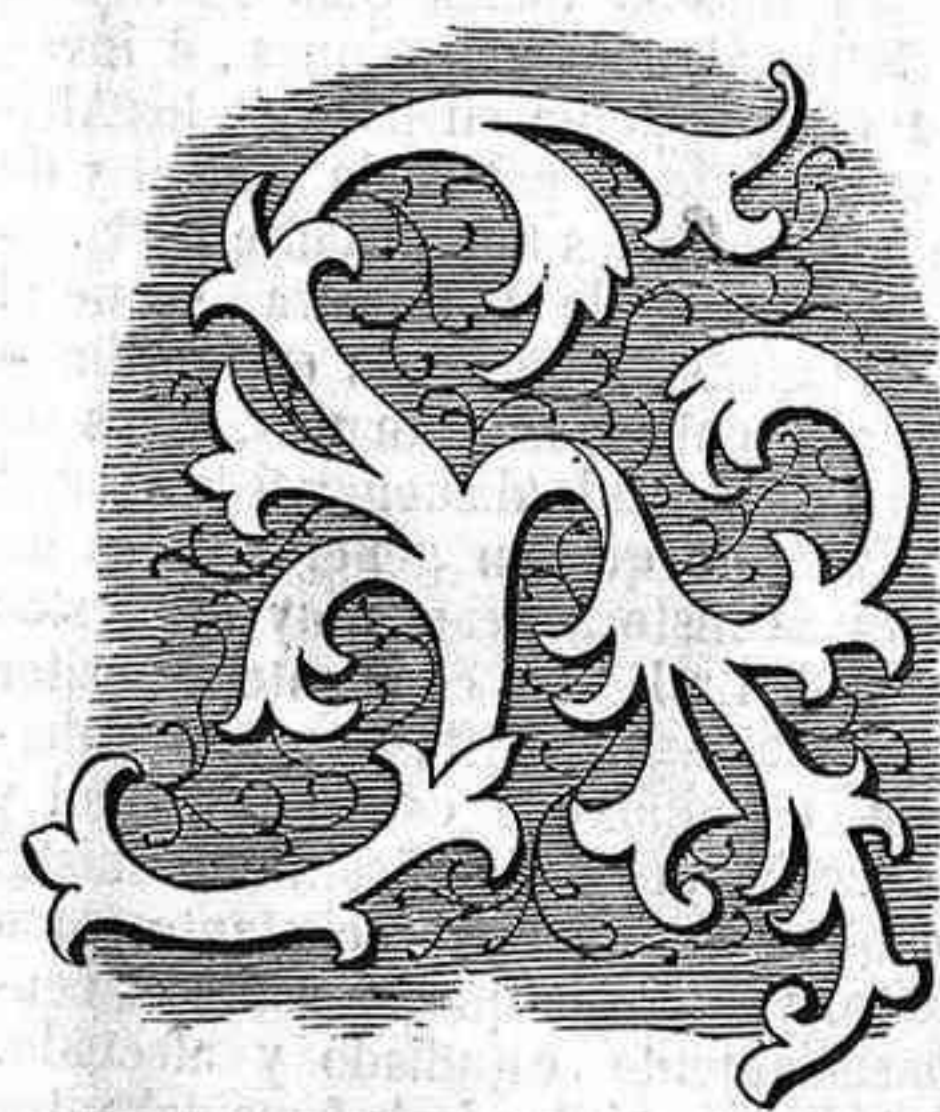


NUM. 17. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID: por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 28 DE ABRIL DE 1867.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO XI.

REVISTA DE LA SEMANA.



eróica y digna de eterna memoria fue la lucha que nuestros padres sostuvieron á principios del presente siglo contra el moderno César, cuyas legiones, vencedoras de los pueblos donde habían asentado su planta, hubieron de reconocer en España que no es fácil domar á

aquellos otros en cuyo seno arde el santo amor de la independencia. Conocida es de todos la historia de aquellos grandes días, cuyos hechos, nunca bastante ponderados, forman una de las páginas mas gloriosas de nuestra epopeya nacional. España, mal conocida, y en algunas épocas de triste decadencia, desdeñada por los extranjeros, ha sido siempre, no obstante, maestra de hazañas fabulosas y escuela de escarmientos para los ambiciosos que alimentaron el sueño de su posesion injusta. EL MUSEO, que todos los años ha dedicado un recuerdo piadoso á los mártires cuyas cenizas guarda en esta córte el monumento del *Dos de Mayo*, al acercarse el aniversario del día de 1808 en que fueron sacrificados por defender la honra y la integridad del suelo patrio, pronuncia con respeto sagrado sus nombres, que las lirás de los poetas colman tambien de bendiciones en sus cantos.

Parece indudable que los gobiernos de la Gran-Breña, Rusia y Austria son los encargados oficialmente de tratar la cuestion del Luxemburgo, despues de cuyo exámen se dará principio á las negociaciones, con el fin

de ver si se llega á un acuerdo que conduzca á una solucion pacífica. Tal es, en suma, el estado de este asunto, quizá el mas importante de cuantos hoy preocupan á la diplomacia, por lo mucho que afecta á los intereses políticos y económicos, no sólo de Francia y Prusia, sino de las restantes naciones de Europa.

El 26 del mes último aparecieron en las aguas de la Habana las fragatas de guerra *Almansa*, *Concepcion* y *Navas de Tolosa*, al mando del jefe de la escuadra señor Mendez Nuñez. Así que se esparció la noticia de su arribo, todos los miradores y azoteas se poblaron de gente ansiosa de saludar á los héroes del Pacífico, con las mas espresivas demostraciones de entusiasmo y de júbilo. Los buques no fondearon en el puerto por no permitirlo el estado de éste, pero el comercio abrió una suscripcion que instantáneamente ascendió á seis ú ocho mil pesos, con los cuales se enviaron á las tripulaciones cigarros, vinos, frutas del país, etc., ya que la circunstancia antes referida privaba á la poblacion de obsequiar á aquellos valientes de la manera y con la esplendidez que, en otro caso, lo hubiera hecho.

Poco nuevo podemos decir de la Esposicion Universal, hasta el definitivo arreglo de los objetos que, sin embargo de la actividad que cada pais emplea en el de los suyos, requiere mas tiempo que el que se habia calculado. Con todo, no dejaremos de observar que así como en el reparto ó señalamiento del terreno, Francia, encargada naturalmente de los honores de la casa, tuvo la distraccion extraña en su proverbial galantería, de apropiarse algo mas de lo regular, dejando á varios de sus huéspedes poco menos que á la puerta del palacio, en materia de ganados dicen que tampoco ha abierto gran cosa la mano para los procedentes de fuera, fundándose en que la epizootia ha atacado al vacuno y lanar de algunas naciones y podria propagarse en el suyo esta epidemia. Nosotros somos muy flacos de memoria, pero creemos haber leído no ha mucho en periódicos franceses la noticia de que por allá tambien se cocian habas, y quizá quizá á calderadas.

Asegúrase que el emperador y la emperatriz de Rusia visitarán la Exposicion, á cuyo efecto el principe Gortschakoff hace en París algunos preparativos.

En la misma capital se abrió el 15 del corriente la Exposicion de Bellas Artes. El número de cuadros útiles, sólo ascienden contra lo que se esperaba, á 700, y

unas cuantas obras de escultura. El jurado ha querido proceder con severidad en la admision, para que los extranjeros formen una idea ventajosa del estado del arte en Francia.

Albacete es una de las capitales de provincia que mas deben al establecimiento de las vías-férreas. Desde que se inauguró la del Mediterráneo, no cesa de dar muestras de vida y de adelanto en todos sentidos. En la actualidad, se ocupan algunos de sus habitantes en formar asociaciones de obreros para socorrerse en sus necesidades.

Las empresas de las líneas de Alicante, Barcelona, Murcia, Andalucía, Zaragoza y la general de Madrid, han acordado, segun nuestras noticias, rebajar considerablemente el precio de los billetes á fin de atraer viajeros á Valencia con motivo de las fiestas del Centenar. El circo de la plaza del Príncipe Alfonso en la misma ciudad se halla á punto de terminarse, y regularmente se inaugurará en mayo próximo. Es posible tambien que el señor Barbieri se traslade á ella con su magnífica orquesta, para dar conciertos.

Dos teatros se están construyendo en Cataluña, uno en Barcelona que llevará el nombre de Jovellanos, y otro en el pueblo de San Gervasio, pueblo inmediato á aquella capital.

Varios periódicos de esta córte y de provincias y algunos extranjeros han anunciado las condiciones para la construccion de otro coliseo en Jerez de la Frontera. Todo esto indica elocuentemente la grande aficion que existe en nuestra patria á las obras dramáticas y á la música, y merece aplauso. Desearíamos, sin embargo, que esta misma aficion se extendiese á los demás ramos de la literatura, de las artes y de las ciencias, cuya eficacia en la cultura de los pueblos es por lo menos tan poderosa como la de aquellos, y que hoy se tienen en lamentable abandono. Los certámenes que en la época del romanticismo dieron en los liceos la señal de nuestro renacimiento literario, y á los cuales concurría la juventud con un entusiasmo que ya no se comprende, han quedado reducidos á infelices simulacros en el recinto de esos salones de seis varas, que con el pomposo nombre de templos del arte reciben de vez en cuando á los poetas, para que llenen con su figura el tercer término ó la lontananza del cuadro de las *soirées*. En tal situacion, no podemos menos de asociarnos al pensamiento del Ateneo balear, que ha abierto un con-

curso público para adjudicar premios á los autores de producciones científicas y literarias, así como elegimos los juegos florales que todos los años se celebran en Barcelona, con una solemnidad y una ostentación que reproduce las memorables noches del palacio de Villahermosa en Madrid, donde conquistaron sus primeros laureles Hartzenbusch, Espronceda, Campoamor, Zorrilla y tantos otros sostenedores de tan nobles lides.

Granada es una de las ciudades que desde entonces no ha dejado de celebrar sesiones de este género en su Liceo, y últimamente dedicó una brillantísima, de carácter religioso, para solemnizar la Semana Santa.

Se da como positivo que los reyes de Portugal saldrán de Lisboa próximamente, en dirección á esta corte, donde serán obsequiados con un gran banquete y un baile en Palacio, una función en el teatro Real y una revista de todas las tropas de la guarnición. Durante su permanencia en España se tocarán por las músicas del ejército en los pueblos por donde transiten, los himnos oficiales portugueses.

Espérase de un correo á otro la aprobación de Su Santidad al proyecto sobre disminución del número de días festivos. Mala noticia para los holgazanes, excelente para los que creen que una vuelta por el taller, por la tienda ó por la oficina es más productiva que ciento por las calles y por los paseos.

El domingo último se verificó en el circo gallístico de Santa Bárbara la pelea que días antes se había anunciado. Uno de los campeones era el famoso *Anibal*, gallo tuerto que, por su arrojo y su astucia, era el terror de todos los individuos de su especie; pero ahora tenía que habérselas con otro colorado y de malas pulgas, el cual logró la dicha de ponerlo hecho una lástima, dándole un golpe maestro de espuela, que le hizo ver las estrellas, y que lo dejó fuera de combate: en una palabra, *Anibal*, como dice un periódico, encontró su *Scipion*, y un desengaño los que por él habían apostado, sin recordar que es raro el héroe que á la larga ó á la corta no tenga su Waterloo, y que donde menos se piensa salta la liebre. La función, pues, fue magnífica, faltándole sólo para ser completa y dejar la memoria... *mas grata (joh mores!)* que los dos formidables atletas hubieran quedado tendidos y sin aliento sobre el campo de batalla.

Por la revista y la parte no firmada de este número,
VENTURA RUIZ AGUILERA.

ESTUDIO COMPARATIVO

DE LOS PRINCIPALES HISTORIADORES GRIEGOS Y ROMANOS.

(CONTINUACION.)

César ha sido menos favorecido de la fama como historiador. Sus *Comentarios* tenían virtudes más ocultas que las de Tito Livio, como que no representan el trabajo de un hombre ocupado exclusivamente en las tareas literarias; en cambio, son el producto de un talento que no podía menos de dejar la huella de su superioridad en todo lo que tocaba. Otro talento, igualmente extraordinario, si no tan universal, Cicerón, supo avalorar aquella joya histórica y tuvo la franqueza de proclamar sus especiales méritos: en el libro *De claris oratoribus*, haciendo relación de los ingenios que habían sobresalido en la literatura latina, se hace cuestión entre Atico y Bruto del juicio que mereciera César como escritor, y después de considerar mayor su gloria en este ejercicio que en el de las armas, se le elogia por la pureza extraordinaria con que usaba la lengua del Lacio y sus magníficas prendas oratorias, y al lado de estas recuerda Bruto los *Comentarios* que escribió sobre sus propias empresas, sencillos, tersos y bellos, desprovistos de todo ornato oratorio como trage innecesario, pero tan oportunos, que habiendo pensado solo en reunir materiales para otra pluma, dejó un bosquejo que ninguna persona sensata se atreverá á sombrear con tintas propias. El juicio es tan exacto, que nadie ha dicho más ni mejor hasta nuestros días: los contemporáneos de aquellos dos grandes hombres reconocieron el mérito del historiador y la penetración del crítico; los verdaderos literatos de todos tiempos han hecho justicia al uno y al otro. El continuador de los *Comentarios sobre la guerra de las Galias*, Aulo Hircio, confirma la opinión de Cicerón y añade que su admiración es aun mayor que la de los demás, pues sabía con qué facilidad y celeridad había escrito César aquella historia. Esta celeridad pudo, sin embargo, dañar algún tanto á la exactitud en los hechos, que por otra parte era muy difícil fuesen espuertos con toda imparcialidad por el mismo que había sido su principal actor: tales fueron las acusaciones que, según Suetonio, se hicieron muy luego á Julio César por Asinio Polion, que creía escritos sus *Comentarios* con poca diligencia y no con completa verdad, admitiendo sin bastante criterio el testimonio de otros y desfigurando los hechos propios de propósito ó por debilidad de la memoria.

Esas palabras de Suetonio y una cita equivocada de Orosio, que atribuyó á este mismo Suetonio la com-

posición de las historias de César, son los orígenes de las dudas que ocuparon á los literatos de los siglos del moderno clasicismo. Luis Carrion y Flórido Sabino, se atrevieron á negar la autenticidad de los *Comentarios*; Luis Caduceo no dudaba en adjudicarlos á Suetonio; el erudito Gasto Lipsio creyó que los libros sobre las guerras de las Galias pertenecían á distinto autor que los que tratan de la guerra civil. Al mismo tiempo no faltaron detractores que hallaron muy prudente el parecer de Asinio Polion, llegando alguno á pretender probar que toda la historia *De bello Gallico* era falsa y que César no había pasado nunca los Alpes (42). Tantas incertidumbres, unidas á la sencillez del estilo, nada notable para lectores poco reflexivos, fueron sin duda la causa de que se postergase generalmente á César entre los autores clásicos, desdenando su lectura como obra de gusto literario; de esto se quejaba Isaac Casaubon en el siglo XVI (43), de esto se lamentaba también Gerardo Vosio en el XVII, y aunque merced á la autoridad y á la luz derramada en la crítica literaria por autores tan esclarecidos, sea hoy más estimado, todavía se le mira vulgarmente como muy distante de producir una impresión comparable á la que se percibe bajo distintas formas en la florida abundancia de Tito Livio, la vehemente concisión de Salustio, ó los melancólicos desahogos y enérgicas pinturas de Tácito.

Sin embargo, la opinión de los hombres más eminentes que se han dedicado á su lectura es mucho más favorable: Vosio, á pesar de no tener á César por historiador imparcial, le presenta como un escritor divino, y analizando sus principales dotes, le califica de puro y elegante, muy esmerado en la colocación de las palabras, fluido como un manso río, urbano, y más grave en los pensamientos que Jenofonte, con quien le compara: Fabricio admira la igualdad de su estilo limado y sencillo: don Manuel Valbuena, en su traducción castellana de los *Comentarios*, dice que César dejó en ellos más motivos de admiración á los hombres que ejemplos á los literatos para su imitación; pero en seguida añade que *en ellos viven todavía la pureza, la sencillez, la concisión del más fino cortesano de la antigua Roma, acompañadas y animadas de su grande espíritu, de su actividad incomparable y de su ansia por la gloria*, concediéndole por lo tanto dotes inapreciables, que retratando completamente el carácter de un verdadero genio, necesariamente señalan uno de los modelos más acabados, si el arte ha de servir para dar vida á las obras de la inteligencia humana. M. Amadeo Duquesnel ha señalado otro mérito, que no fue escudriñado por los antiguos y que al mismo tiempo sirve de prueba á la autenticidad de los *Comentarios*, y es la penetración con que retrató César la fisonomía moral de los Galos, su carácter y costumbres, en que se descubren muchos rasgos de la actual índole de sus descendientes, formando con la obra de Tácito sobre los Germanos y sus noticias sobre los Bretones en la *Vida de Agricola* un estudio completo de la historia interna de la antigua Europa septentrional. El historiador Müller reúne en un elogio elocuente todos los méritos de la dicción y del sistema de exposición de César, admirando sobre todo la exacta precisión y la absoluta igualdad de estilo. Otros muchos autores modernos podríamos citar, pero sus opiniones apenas difieren de las de los tres que hemos mencionado últimamente.

Siguiendo, pues, en nuestro trabajo, esponemos con la brevedad posible los juicios que se han emitido por los autores acerca de Salustio. Parece, según las noticias que nos han quedado de la época inmediata á este historiador, que debió tardarse algo en generalizar su reputación, puesto que lo primero que encontramos son críticas desfavorables que manifiestan la extrañeza que debió causar á las primeras lecturas el estilo estudiado y especial de Salustio; y no hay que decir que el inexorable Asinio Polion era una excepción del gusto general, que lo mismo dirigía sus tiros contra Salustio que contra Tito Livio, Cicerón y otros grandes ingenios, y que la oscuridad y las violentas trasposiciones que dicho crítico le reprende son defectos aparentes, que se desvanecen con poco estudio que se haga de su dicción, y no ofenden á un gusto despreocupado; lo cierto es, que esas censuras tenían su fundamento, bien que se exagerasen por sus proclamadores y que se extendió también cierta prevención contra Salustio por su afición al arcaísmo y helénismo, como lo prueba el haberle achacado Augusto, según refiere Suetonio (44), que mutuaba muchas palabras de los *Orígenes* de Catón, idea que se repite en cierto epigrama citado por Quintiliano (45) y que encontramos otra vez en Aulo Gelio (46), quien le atribuye una propensión immoderada á renovar el lenguaje; y para que no faltasen censuras que hacerle, basta encontrar Séneca el padre una acusación peregrina, afirmando que sus arengas se leían sólo en gracia de sus historias, palabras que no solo acepta, sino que pone en boca de Casio Severo. Pero se conoce que lue-

go que los Romanos profundizaron un poco más la belleza especial de aquel estilo artístico, se hallaron tan enamorados de él como de cualquiera otro de los que señalaron el apogeo de su cultura literaria. Ya vimos al hablar de Tito Livio lo apasionado que era Lucio Anneo Séneca por Salustio, á quien no dudaba en anteponer á Tucídides, y por quien se atrevió á echar un inmerecido borron sobre el amable carácter del Paduano: otro español le declaró también el primero de los historiadores romanos, Marcial, en su epigrama 191, lib. XIX (47): pero Quintiliano, también español, y casi nacido bajo el mismo cielo que Marcial, se contenta con elogiar su inmortal velocidad, declarándole igual á Tito Livio y comparable á Tucídides, mientras que otro contemporáneo de los dos y de más autoridad que ellos en la materia, Tácito (48), le llama elegantísimo escritor de los sucesos de Roma.

No podemos presentar entre los antiguos un juicio completo acerca del mérito de Salustio; pero vienen á constituirle con bastante aproximación las cualidades que ya unos, ya otros, notaron en su estilo y plan, pues con la concisión y rapidez alabadas por Quintiliano, la brillantez que le realza á los ojos de Tácito y la incertidumbre que ya se notó entre la preferencia de los discursos ó de las narraciones, lo que prueba la excelencia de unos y otras, tenemos también en favor de su veracidad como historiador el parecer de San Gerónimo y de San Agustín, que le llaman, el primero *autor certísimo*, y el segundo *historiador noblemente veraz é historiador nobilísimo*, en cuyos elogios y en los de otros Padres de la Iglesia (49), se nota cierta predilección á este autor, nacida sin duda de la parte de escritor moralista, que produciría en los ardientes extirpadores del paganismo la contraria impresión que la historia de Tito Livio y los poemas mitológicos.

No puede dudarse que entre los modernos ha sido Salustio uno de los clásicos más apreciados desde el renacimiento de las letras. En España, antes de introducirse en ella la imprenta, se hicieron ya una traducción de sus obras por encargo del ingenioso biógrafo Fernán Pérez de Guzmán, otras dos en el siglo XVI y otra mejor que las anteriores en el pasado: nuestros más insignes historiadores, y entre ellos especialmente Mendoza, encontraron en él el ideal del género histórico y acertaron á modelar nuestra lengua sobre el corte de su frase. Entre los extranjeros, el modesto y sábio Turnebo, tan instruido en las letras griegas como en las latinas, observó que Salustio era más puramente ático que el mismo Cicerón (50), opinión que adopta Vosio: Rollin, el gran preceptista del siglo de Luis XIV, atribuye la brevedad de Salustio á la fuerza y vivacidad de su genio; *se puede comparar su estilo, dice, á los ríos que, teniendo su cauce más estrecho que otros, llevan también sus aguas más profundas y sostienen cargas más pesadas*; y entre sus retratos encuentra cinco ó seis tan perfectos, cual acaso no los posea ninguna otra literatura (51); al frente de tan eminentes críticos nada vale el parecer de Escaligero, muchas veces excéntrico en sus juicios, que disputaba al historiador latino la rapidez que le atribuyera Quintiliano, ni el del filósofo danés Olof Borriquo, que hallaba inoportunas algunas digresiones, é inverosímiles los discursos que ponía en boca de los Africanos, sin notar acaso que la patria de Anibal y de Masinisa no se hallaba entonces tan distante de la civilización romana como hoy de la nuestra, y que al lado del retrato de Yugurta, hombre de extraordinario despejo y educado entre los Romanos, y los de otros tipos de su reino, en nada disuenan á la verdad aquellas arengas, fuera de que en general todos los discursos directos en la historia sean muy expuestos á la inverosimilitud. M. La Harpe, elocuente expositor de las ideas literarias del siglo XVIII, se muestra desdenoso con Salustio, estudiándole con la brevedad y ligereza que merecería un insignificante cronista: Hugo Blair tampoco parece que le aprecia tanto como á Tito Livio y Tácito, y advierte que su estilo es censurable por demasiado estudiado y afectado. Pero después se ha ido rehabilitando la fama del autor de la Catilinaria. F. Schlegel, aun no muy distante del parecer de Blair y La Harpe, llama á Salustio un gran pintor de historia y de caracteres, pero siente también que no sea siempre tan claro, tan cadencioso y tan igual como César, y que se perciba en su estilo de cuando en cuando el encogimiento y la afectación del arte. Otros autores, analizando más profundamente sus cualidades, han visto que los defectos que se le achacan son leves sombras que no impiden que sus obras sean uno de los monumentos literarios que mayor fuerza de genio atestiguan: éste en efecto brilla, según ellos, en la perfección con que concibe y ejecuta los planes, en el fuego y elocuencia de las arengas, en la penetración con que descubre las causas de los sucesos, en el arte, en fin, con que da al lenguaje

(42) Véase Fabricio, *Bibliotheca latina*, lib. I, cap. X.

(43) *Praefatio in Polybium ad Henricum Magnum*.

(44) Augustus, 86; *De claris grammaticis*, vita Lenaei.

(45) *Et verba antiqui multum furate Catonis*, Crispe, Jugurthinae conditor historiae.

(46) *Noctes atticae*, lib. 4.º cap. 15.

(47) *Hic erit, ut perhibent doctorum corda virorum, Primus romana Crispus in historia*.

(48) *Annales*, lib. III.

(49) Tertuliano, Casiodoro.

(50) *Adversaria*, lib. 28, cap. 22.

(51) *Histoire ancienne*, lib. XXV, cap. II.

algunos días después mandó atacar los fuertes de Lisboa; se hizo así, en efecto, y dió por resultado el que se estendiera la escuadra de Tegethoff y produjera la batalla del 19, tan desastrosa para la flota italiana. Ninguno de los buques italianos fue cogido, pero dos de los mejores perecieron. En la causa seguida contra Persano, se ha citado á un gran número de oficiales de Marina como testigos, pero el fallo del tribunal ha condenado al almirante Persano.

INCENDIO

DEL CONSERVATORIO DE MÚSICA.

El sábado 20 del actual ocurrió un horroroso incendio en el salón del teatro Real, destinado á Conservatorio. Como á cosa de las tres de la tarde, hallándose la sociedad de Conciertos que dirige el señor Barbieri ensayando el que había de verificarse el domingo, se observó de repente que salía fuego detrás del telón corrido del escenario del mismo local, que poco tiempo después, favorecido por el viento, amenazaba propagarse y devorar el resto del suntuoso edificio, del cual únicamente estaba separado el escenario por un pequeño patio. Dada la voz de alarma por el señor Barbieri para que huyese del local la gente que lo



EL ALMIRANTE PERSANO.

MITOLOGIA POPULAR, POR ORTEGO.—MARTE, VENUS, VULCANO Y CUPIDO.



Cupido se acerca á Marte, y Marte toca un jaleo que hace esponjarse de gusto al otro par de mastuerzos.

Si fieras doma la música, como ya lo estamos viendo, de seguro el guitarrista amansa el rigor de Vêrus.

ocupaba, y adoptadas al punto cuantas medidas aconsejaba el peligro, se logró por fortuna dominar el incendio, contribuyendo á tan feliz resultado, así los operarios de la villa, artillería é ingenieros que acudieron prontamente, como las autoridades, los empleados del regio coliseo y multitud de particulares. Felizmente no hubo desgracias personales de consideración, y aunque el fuego duró muchas horas, como desde los primeros momentos quedó limitado al Conservatorio, tampoco causó las pérdidas inmensas que al principio se temieron, sin que por esto hayan sido escasas, particularmente en instrumentos y papeles de música. Un grabado de nuestro número de hoy representa el siniestro de que damos noticia en estas breves líneas.

COSTUMBRES

DE MARRUECOS.

(CONTINUACION.)

Nos paramos á escuchar la canción.

—Lástima es, dije yo, que no entendamos lo que dice ese hombre en su lastimera canción.

—Fácil es que lo sepamos, replicó Almanzor. Haced el favor de guardar silencio, y luego yo os repetiré ese canto.

Hicimoslo así, y la canción duró como cosa de un cuarto de hora que pasamos en una especie de encanto desconocido; tanta era su dulzura.

Almanzor por su parte, como fiel intérprete, tenía el oído atento y no perdía ni una sola palabra.

Cuando el moro concluyó de cantar nos dijo:

—Hé aquí con muy poca diferencia la canción que acabamos de oír:

«El *Charif de Auyara* estimuló á los creyentes á que acudiesen á la guerra Santa.

»Su voz, inspirada por el Profeta, hizo latir los corazones de mil valientes.

»Mojamed fue de los primeros en correr al combate, dejando su corazón en el corazón de Yenia.

»Yenia y Mojamed se adoraban; el guerrero esperaba hacerla suya, al volver del combate.

»Luchó valerosamente con el cristiano, y voló en busca de su Yenia, de su rosa pálida.

»Volvió, pero Yenia le era infiel: ya no tenía dentro de su corazón el corazón de Mojamed.

»Y el guerrero tan fuerte en la pelea, el guerrero á quien embriagaba la sangre del enemigo, lloró.

»Los suspiros del triste no enternecieron á la amante infiel, y Mojamed se consumió de tristeza.»

Como se vé, la canción no carecía de poesía.

Pregunté á Almanzor quién era el que había cantado, y nuestro amigo nos contestó que un jóven poeta, hijo de un rico comerciante de Tefuan vecindado hacia algunos años en Tánger.

—Ese jóven, dijo Almanzor, es un amigo mío que á la mas hermosa figura reúne un corazón bellísimo, y un entendimiento poco comun en este país. Cuando estalló la guerra entre España y Marruecos, Mojamed, que así se llama el cantor, voló al campo de batalla, en el que se distinguió por su valor que casi rayaba en temeridad.

Mojamed amaba á una lindísima niña llamada Yenia, y....

—De modo, pregunté yo interrumpiéndole, ¿que el cantor á quien acaba-

mos de oír con tanto gusto, refería la historia de sus desgraciados amores?

—Justamente, contestó Almanzor. Habéislo acertado, amigo mío.

Cuando se ajustó la paz con España, el enamorado joven tornó á Tánger lleno de amor y de contento.

¡Ay! le esperaba un desengaño horrible para su corazón!

La pérdida Yenia, lo había reemplazado por otro que valía infinitamente menos que él bajo cualquier punto de vista que se mirase.

Desde entonces, el pobre amante vive retirado de la ciudad, habitando en esta casa de campo de la que ni su padre ni sus amigos podemos arrancarle.

—Mucho gusto tendría en conocerle; dije yo con prontitud. ¿Podríamos entrar en su casa?

—Nada más fácil, contestó Almanzor, que todo lo veía llano y sin tropiezos: venid.

Seguimos á nuestro amigo, que nos hizo penetrar en un estenso jardín lleno de hermosas flores.

Veíanse por todas partes largas calles de árboles frutales, y por entre ellos una pequeña casita de rústica apariencia y blanca como la nieve.

A la puerta de esta casa, sentado en una estera de colores, había un moro muy joven y de semblante sumamente agraciado.

Así que nos vió, levantóse pausadamente y vino hacia nosotros sonriéndose con melancolía.

Cualquiera que lo viese, aun sin conocer la historia de sus infortunados amores, diría sin temor de equivocarse, que algún pesar profundo, casi incurable, uno de esos pesares que sólo la muerte puede borrar, le torturaba el corazón y hacía desgraciada su vida.

Presentónos á él Almanzor, rogándole en nuestro nombre que repitiese la canción que habíamos oído.

Negóse á ello Mojamed con mucha blandura, y sonriéndose de una manera forzada, nos dijo que cantaríase otra cosa.

En seguida, con un abandono lleno de dulzura y tristeza, entonó una canción argelina tan suave y armoniosa como el canto del ruiseñor en la selva.

Antes de ausentarnos de la huerta, nos obsequió con un té y unos dulces hechos con harina y pedazos de manzanas puestos en almíbar.

Desde aquel día, durante mi permanencia en Tánger, el desgraciado Mojamed salía á pasear en compañía nuestra, sin que los esfuerzos que hacíamos para disipar su melancolía pudiesen conseguirlo.

Su corazón sensible, el amor que en él había inspirado la pérdida Yenia, consumían con lentitud su existencia, y el pobre poeta africano suspiraba por la muerte.

Ella tan sólo le podía proporcionar descanso para sus atroces padecimientos.

¡Pobre Mojamed!

Nuestra intimidación con él hizo que algunas veces penetrásemos en su casa campestre.

Estaba alhajada con sencillez, y el gusto oriental y europeo se confundían por todas partes.

No había una sola habitación en toda la casa, en que no se observase algo que trascendía á Europa.

La casa del joven Mojamed era una deliciosa morada.

¡Cuántas veces el sensible poeta no habría pensado en su infiel amante, al recorrer sólo aquellas estancias en donde las riquezas de su dueño habían amontonado cien objetos de lujo!

¡Cuántas veces, repetimos, no habría lanzado un suspiro de dolor, un suspiro de triste cansancio, pensando en lo feliz que allí hubiera sido con su Yenia!

¡Infeliz, infeliz Mojamed!

Almas como la suya son muy raras en el siglo en que vivimos, y más raras todavía en el país de los serrallos y de la esclavitud.

Algún tiempo despues que yo hube salido de Tánger, supe que el pobre moro había fallecido víctima de una congestión cerebral.

A. DE SAN MARTIN.

EL PATIVO, ALDEA RUSA.

Las aldeas rusas consisten por lo regular en una sola calle de casas de madera bastante parecidas á las barracas valencianas, y más ó menos adornadas según el gusto ó la fortuna de sus propietarios. El aspecto de estas construcciones rurales es uniforme, interrumpiendo únicamente su uniformidad, cuando la aldea es de alguna importancia, la iglesia cuya torre se levanta sobre los techos de las casas, la oficina del intendente, y los almacenes de trigo, en los que se depositan dos ó tres cosechas, por si vienen años malos. El aldeano mismo suele ser el arquitecto y constructor, valiéndose al efecto del hacha por único instrumento, sin que por esto deje de dar en ocasiones al edificio notable elegancia.

Las casas son de madera, según hemos dicho, y en vez de cemento se emplea la estopa, que lo hace impenetrable al rigor de las estaciones. La casa termina en cruz, como se ve en el grabado que publicamos en el presente número.

Insertamos gustosos el siguiente romance del señor Benjumea, que creemos de oportunidad con motivo del aniversario de la muerte del príncipe de nuestros ingenios, celebrado poco há en el teatro de Jovellanos, donde se representó la primera parte del drama *Cervantes*, con el título de *Los dos camaradas*, única que pudo concluir el autor de *El Hombre de Mundo*, y de cuyo mérito y éxito hablará en uno de los próximos números de EL MUSEO, el escritor encargado de las revistas dramáticas.

LA CUEVA DE AGI-MORATO.

I.

Boga, boga el marinero al son de guerrero canto, y no navega, que cruza sin llama súbito un rayo, por las ondas encrespadas del azul Mediterráneo, de las playas españolas al continente africano. A Arjel dirige su rumbo la hermosa velera nao, esperanza de cautivos que, roto el grillo pesado, por los latidos del pecho están el tiempo contando que de besar les aleja el suelo amoroso patrio. Firme pecho á los peligros y nueva fuerza á los brazos les presta la noble empresa de salvar á sus hermanos; y entre la espesa negrura que cubre el mar alterado, en lucha con la tormenta, en guarda de los corsarios, boga, boga el marinero al son de bélico canto, por las ondas encrespadas del azul Mediterráneo, y no navega, que cruza su lecho agitado un rayo.

II.

De la ciudad estramuros, en un jardín solitario do vive el Alcaide moro que llaman Agi-Morato, hay una cueva espaciosa, retiro oscuro, ignorado, ayer asilo de fieras, hoy seguro de cristianos. De lámpara moribunda al resplandor triste, opaco, se vé un grupo de cautivos con fervor arrodillados, puesta en Dios su confianza, su dulce nombre en los labios, y en la nave el pensamiento que cruza el mar agitado. La noche su velo estiende más denso que de ordinario: el silencio pavoroso túrbase al eco lejano de las olas, que conmueve el aquilon destemplado. Señal auguran sus pechos del ansiado desembarco en las espesas tinieblas, en los vientos arreciados, en el reposo profundo de la ciudad y sus barrios. Un joven que de atalaya se ve en el lóbrego antro, con voz que valor inspira al pecho de los cristianos: —«La nave se acerca, amigos, »(súbito clama, en un raptó »de gazo): todo me anuncia »que próximo está el asalto. »La noche es fuerte incentivo »para el marino versado: »tal vez esta es la postrera »de nuestra cuita y trabajo. »Prepárese el animoso, »ánimese el desmayado, »y no se malogre el fruto »que á tanta costa buscamos.» A esta voz, los prisioneros se postran, vertiendo llanto de júbilo, y tiernas preces de aquellos pechos cristianos al trono de Dios subieron, pidiendo suceso fausto.

III.

No era sueño el de Cervantes por el anhelo forjado: la nave, ya de la costa divisado había el faro,

y las aguas arjelinas iba segura surcando, merced al próspero viento y de lo oscuro al amparo. Vedla allí, en el proceloso temido mar agitado, breve punto imperceptible que se confunde en el vasto ennegrecido horizonte; la ocasión está espiondo puesta á la capa: en los mástiles rizados están los paños, los remos prestos, la prora con rumbo á Arjel, arrollando las vagas olas inquietas que el haupres besan. Ya tanto de dar fondo recelosos como ansiando el desembarco, está el piloto en la popa, con miedo y júbilo: en lo alto de la toldilla, el valiente capitán que hácia lo largo de la playa ojo certero dirige experimentado, el marinero en la puente apercebidos los cabos los anclotes y el esquife al contra-mestre observando, de temor los pechos llenos y de cansancio los brazos. Ya se acercan, ya distinguen los jardines y palacios y los altos minaretes de la ciudad: en el ánimo del marino entra la duda; del terror ya dominados do quier la vista dirigen ven causa de sobresalto; cada objeto es una espía, cada bulto un moro armado, cada casa una mazmorra, cada muralla es un baño, y tímidos, so cubierta, se ocultan llenos de espanto.

IV.

—«Valor, valor, marineros, pensad en vuestros hermanos! (les grita Viana): ¡á tierra! desierto está todo el campo, tranquilos duermen los moros, anclados están sus barcos. ¡A tierra! que allí os esperan los valerosos cristianos.» A este grito, los marinos, de nuevo valor armados, hácia el esquife se lanzan. Diez hombres sobre sus bancos empuñan el fuerte remo, el bajel abandonando. Boga, boga el marinero, lleno de estímulo santo, y en breves momentos llegan al jardín de Agi-Morato. Reconocer premeditan el lugar del desembarco: del centinela dormido el aliento han escuchado, mas un eco, de improviso, hiela sus pechos de espanto y el rumbo tuercen y el remo veloz agitan, temblando que en poder de la morisma acaben su vida esclavos. Unos moros pescadores la fragata han divisado, y, ¡al arma! gritan. Confuso rumor crece, y con espanto vése el muelle, antes desierto, de armadas turbas cuajado. Viana en el mar se engolfa, y á otro punto el desembarco de nuevo, á deshora, intenta; mas su valor esforzado se estrella en la vigilancia con que, astutos, los corsarios acechan segura presa, de sangre cristiana avaros.

V.

Media noche era por filo: del gallo el agudo canto anuncia la ansiada aurora á los ocultos esclavos, que al cielo piden llorosos dirija con bien la nao, que á vista del puerto tienen por puerto de sus trabajos. El tiempo corre: la fé entre los mas va faltando; pero Cervantes espera, á fuer de desventurado.

Rumor, de súbito, turba
el silencio de los campos.
Los cristianos se aperciben:
escuchar creen el ansiado
aviso: el rumor acrece,
crece el ruido, mas cercano
suenan el eco de las voces
y el retremblar de los pasos.
—«¡Libertad! ¡Libertad! (gritan
los ilusos): ¡somos salvos!»
Sólo Cervantes inmóvil
permanece, cual si un rayo
herido hubiera su cuerpo.
Los rumores que ha escuchado,
heraldos son que le anuncian
de su esperanza el naufragio.
La triste verdad sospecha;
mas su rostro no ha inmutado,
y las quimeras sostiene
de los ilusos esclavos.
Cesó el bullicio: la aurora
les sorprende casi exhaustos,
y el sueño vencer no pueden
sus cuerpos mústios y lánguidos.
Cervantes, sólo, resiste
á la fatiga y cansancio:
sólo vela, mientras duermen,
que el luchar fue su descanso.

VI.

De repente, agudo grito
resuena en aquellos ámbitos.
¡Traicion! su pecho recela,
¡traicion! murmuran sus labios.
Y no se engaña, que un Judas
ha vendido á los cristianos.
En vez de entrar españoles,
turbas de moros armados
penetran, horribles gritos
é imprecaciones lanzando
de: «¡vil canalla!» «¡traidores!»
«¡traidores! perros cristianos!»
La sangre se heló en las venas
de los que tal escucharon;
mas de Cervantes el pecho
generoso y sobrehumano,
el grave riesgo advirtiendo,
va en valor acrecentando,
que en los riesgos se acrisolan
los corazones magnánimos.
Cervantes su frente eleva
al Dios poderoso y santo,
y animoso va al encuentro
de la turba de soldados:
—«Tened, por Alá! (les dice),
ninguno de estos cristianos
es culpable de esta fuga,
yo este negocio he fraguado;
yo solo el autor he sido;
yo me entrego en vuestras manos.»
Los moros que tal oyeron
quédanse mudos de espanto,
que de virtud la nobleza
subyuga á los mismos bárbaros.

VII.

Grande tropel de moriscos
llega del Zocco al palacio,
la víctima conduciendo
que oprimen hierros pesados.
—«Cristiano (esclama el rey moro,
con voz terrible) en el acto
morirás, si no me nombras
tus cómplices.»—«Soberano
(el acusado responde,
su amenaza despreciando)
apresta ya tus verdugos,
descarguen en mí sus manos,
yo sólo soy delincuente,
si buscas algún culpado.»
Tan firme y noble respuesta
llenó al rey moro de espanto,
y de tigre carnicero
volvióse en cordero manso.
Cervantes, desde aquel punto
para Azan no fue un esclavo;
fue un escondido tesoro,
fue el genio aun no revelado
que dió á la España laureles,
envidia de los estraños.
¡Virtud, virtud, vara mágica,
obradora de milagros;
ora busques pobre choza,
ora costosos palacios,
ya vistas sayal humilde,
ya ostentes ricos brocados,
con tu belleza enamoras
y deslumbras con tus rayos,
asi á los pechos sensibles
como á los pechos de mármol.

NICOLÁS DIAZ DE BENJUMEA,

Londres 15 de abril.

LOS PALACIOS DE VILLENA.

LEYENDA SEGUNDA (1).

DON ENRIQUE DE VILLENA.

ANTECEDENTES.

No podemos precisar la fecha de nuestra narracion, sobre cuya época andan los autores discordes: sabemos, sí, que se refiere al primer tercio del siglo XV, que reinaba en Castilla Don Juan el II, ese rey poeta y caballero á la vez, y en cuya historia hay, no obstante, quien ha creído notar entre otros defectos, un lunar vituperable de ingratitud é inconsecuencia por haber sacrificado á su privado el condestable Don Alvaro de Luna, á quien de hecho debia el trono y la pacificación de su reino, y cuyas faltas el sano criterio de la historia ha declarado insuficientes para absolver la imparcialidad del proceso.

Los pueblos estaban por demás cansados en fuerza de gabelas y disturbios, trayendo en la memoria el hilo tradicional apenas interrumpido de desafueros que tiempo há venia sublevando los ánimos, predispuestos siempre á novedades de cierto género.

Las terribles justicias del rey Don Pedro, cuyo nombre todavía espantaba despues de muerto, las prodigalidades de Enrique el fratricida, conocidas con el nombre de *mercedes enriqueñas* y que no pudo ó no supo reparar el belicoso genio de su hijo y sucesor Don Juan I en su breve reinado, y la especie de reaccion que despues trajo el no menos corto de Don Enrique el Doliente, habian hecho entrar á Castilla en ese marasmo, en ese estado particular, precursor á veces de un radical cataclismo.

Don Juan el II, á su advenimiento al trono, creyó oportuno observar una política espectante, empleando una táctica artera, mostrándose indolente á veces, otras imprevisor, perplejo ó confiado, fingiendo siempre bajo apariencias falsas con una doblez intencionada, y encerrándose en un círculo de irresponsabilidad que hacia recaer de hecho ordinariamente sobre su bienhechor y privado el condestable, espuesto de frente á los tiros de una nobleza turbulenta, á la cual el rey por su parte no perdonara sus demasías, asi como no perdonaba al pueblo sus justificados rencores.

Aquel hombre, en fin, tan hipócrita, mal versificador con pretensiones de poeta y, sobre todo, galante hasta la pedantería con las cortesanas, solia entretenerse indistintamente con las musas, con las damas y los torneos, en batidas de monte, en juegos de distinto género y corriendo aventuras tan indecorosas, como impropias de la púrpura régia que vistiera; mataba, digámoslo asi, el tiempo, sin duda para distraer los odios que durmieran en su mente, estableciendo asi una especie de tregua intencional á sus proyectos de venganza bajo aquella aparente tolerancia espléndida, que alguno de los poetas mismos de su tertulia se atrevió á calificar de *aurora de la poesía y de las artes en la era de gracia*; lisonja que acogia siempre el rey con una de sus complacientes sonrisas.

Y sin embargo, fuerza es decir que adelantaba el rey poco terreno de esta suerte: rugia en secreto el descontento de las clases, el malestar cundía, tachábasele de haberse entregado ciega é inconsideradamente á los manejos del poderoso ministro, abandonando á su insensato orgullo la honra y derechos del pueblo castellano, sufrido en aquella época hasta el envilecimiento mas abyecto, sin que sus ocios literarios, sus justas, torneos, cacerías y banquetes, en que solia darse participacion á todas las clases, pudieran desviar en cierto modo el concepto generalmente preconcebido.

Además, tampoco contaba con las simpatías del clero, cuya influencia moral en determinados ánimos no puede negarse.

Con todo, el rey, tenaz en su intento, no acertaba á separarse de la senda emprendida; nada modificaba su sistema erróneo, ni aprendia tampoco en la experiencia, constituyéndose, en fin, en la contradicción de sí mismo, ni mas ni menos que erigiéndose en la personificación práctica de aquella sentencia escrita en libro santo de que «á quien Dios quiere perder, empieza por cegarle.» Solo una grande expiacion pudiera rehabilitarle un día, y para entonces don Juan el II tenia preparada esa expiacion misma, esa víctima que la historia ha santificado mas ó menos tarde en la memoria del condestable mártir.

I.

LA CASA DE JUDAS Y EL BARRIO APESTADO.

Hubo un tiempo en que la preocupacion por lo menos del vulgo, hacíase lenguas, como suele decirse, respecto á que cierto edificio deshabitado durante muchos años há, era el punto de reunion de los malos espíritus, y que enjambres de trasgos, duendes y brujas tenian allí sus aquelarres ó asambleas nocturnas, sus misteriosos conciliábulos y sus pactos infernales, firmados y sellados siempre con sangre humana.

Llamábase por esta causa indudablemente, *la casa de Judas*.

Ocupaba dicho edificio, que era soberbio y suntuoso, un vasto rectángulo al E. de la imperial Toledo, amen de un jardín un tanto descuidado, como accesorio, que formaba una gran prolongacion simétrica de su base, y cuya circunferencia cerraba una tapia alta, denegrida por el tiempo ó por la inclemencia, con un zócalo de cantería y cemento romano, capaz de desafiar la accion devastadora de los siglos.

En derredor de aquel palacio y de aquel huerto amurallado, como se ha dicho, habíase ido edificando tambien años atrás con una irregularidad torpemente caprichosa, un verdadero laberinto de aceras, de casucas mal alineadas, disformes y raquíticas, como chozas salvajes, y cuyas callejas estrechas estaban ordinariamente obstruidas por montones de inmundicia y lodo, infundiendo una especie de repulsion y alejando de aquel sitio á los transeuntes.

Este caserío tan sucio y miserable, era conocido con el nombre de *el Barrio apeestado*.

Habítanlo multitud de familias hebreas, pobres y enfermizas, harapientas como mendigos, ateridas por el frio, por la miseria ó por la fiebre, y que al percibir á un transeunte cualquiera, huían á esconderse en aquella especie de criptas, ocultando su desnudez ó su vergüenza, por mas que sus miradas desencajadas siguieran siempre anhelantes al objeto de su sorpresa con una espresion indefinible.

El modo de vivir de aquellas gentes era un misterio para todos los buenos vecinos de Toledo, para quienes eran á la vez un doble motivo de terror y menosprecio que no podian explicarse. ¡Ay del día en que se revelara ese arcano!

Hé aquí, pues, una de las razones en que se apoyaba la aversion de los toledanos en general hácia aquel sitio.

Además, hemos dicho que en el palacio contiguo á ese mismo barrio, teníanse dadas citas nocturnas las brujas y duendes de la época, aterrando aquellos sitios con sus tremendas hazañas; y añadimos ahora, que esos rumores subian de punto y tomaban una consistencia tal, que crearon, por decirlo asi, una atmósfera de espanto lúgubre.

Habia quien llevaba la supersticion del pánico, hasta la ilusion de haber visto por sus propios ojos revolotear por el aire sobre las chimeneas, sartas de brujas desnudas, cabalgadas sobre mangos de escoba, danzando al són de panderetas y precedidas de zánganos coronados de cuernos y eléboro, montados en chivos de prolongadas barbas, entre multitud de sapos vestidos de terciopelo verde con cascabeles.

Luego, todo aquel séquito de seres fantásticos que recitaba una especie de zumbido ininteligible, producía un chasquido elástico, y cerniéndose sobre el muro almenado del palacio, desaparecia con la aureola de luz verdosa que lo iluminara hasta entonces, dejando un hedor de azufre que daba náuseas.

Item mas: á veces tambien allá á la media noche, cuando la luna remontaba el horizonte en su creciente, diz que se oían lamentos y plañideros ayes de una procedencia invisible, y á los cuales parecia contestar una carcajada histérica, una rechifla ó un gemido.

Despues, bandadas de murciélagos y abuvillas desplegábase por los aires, posándose sobre las alturas, vertiendo su canto lúgubre y esparciendo el terror en los ánimos.

Por lo regular, al día siguiente solia sobrevenir una calamidad cualquiera, dentro precisamente de la zona de aquel vuelo: un asesinato, un incendio, un crimen, en fin, ó cuando menos una muerte repentina ó un siniestro de otra especie.

A dar crédito á las afirmaciones de los moradores de tan mísero caserío, ocurrían allí lances extraordinarios todas las noches, y la tradicion ha venido luego multiplicando las mas terribles consejas, capaces por sí solas de helar de espanto y pavor la sangre del mas despreocupado. Eran frecuentes las apariciones de los difuntos y las visitas de los espíritus inmundos que venían á inquietar el prójimo, asaltándole con especialidad en las horas mas críticas de la soledad y del sueño.

Esto afirmábase de público entre aquella gente harapienta, encargada de propagarlo con comentarios absurdos hasta la exageracion, y con un fin marcado; siendo de notar la circunstancia de esa indiferencia que cualquier observador reparara por parte de los narradores, aun dado el caso de creer ellos mismos su aserto.

El hecho es, que acrecido el concepto y exagerado hasta el portento, logróse aislar, por decirlo asi, aquel barrio con el palacio inmediato, del cual alejábase las buenas gentes, como de un objeto de maldicion y oprobio, con especialidad por las noches.

Y como no faltase persona de influencia que produjera la oportuna queja, llamando la atencion del cabildo supremo hácia todo cuanto allí caecia de extraordinario, llegó á instruirse el competente sumario, cuyo resultado vino á probar de cierta manera todo lo dicho, y aunque se conjuró el edificio con sus accesorios, no surtió efecto el medio, con gran terror del público, ahuyentado cada día mas de aquel sitio maldito.

(1) Véanse el número 3 y siguientes de este año.



EL PATIVO, ALDEA RUSA.

II.

EL SALTO DEL ASTRÓLOGO.

Hubo quien aconsejó al rey la demolición del palacio con todas sus dependencias, y como tomase consistencia el proyecto, diz que cierta madrugada, al rayar la aurora, recibió S. A. un billete escrito en árabe ó hebreo y con dos sellos simbólicos, cuyo contenido fue un misterio por entonces y continúa todavía siéndolo.

Dijose también que un mago, astrólogo ó nigromante, celebró una conferencia con el rey á campo abierto en una noche de tempestad, en una de sus frecuentes cacerías, y de cuyo resultado quedó aplazada la demolición del consabido alcázar, el cual vino á recaer mas adelante por donación remuneratoria y vitalicia en el infante don Enrique de Aragon, maestro de Santiago, conde de Cangas de Tineo, marqués de Villena y primo hermano del rey don Juan el II.

Era éste un hidalgo valiente, sabio, muy versado en la astrología judiciaria, en la química y en las ciencias

ocultas, y tanto, que la tradición al menos, supliendo á la historia, ha hecho de su nombre un mito y de su fama una epopeya.

Bien es verdad que su genialidad turbulenta, su clásica altivez, insolente á veces, personificaban en este hombre célebre un peligro constante y una amenaza para el orden público, hasta el punto de acaudillar un bando temible; por cuya razón, y para aquietarle y tenerle obligado, le hizo el rey gracia y donación, como dejamos dicho, del palacio, á petición del mismo infante, que indudablemente cifraba en él uno de sus atrevidos proyectos.

Pero no era sólo esto lo que necesitaba hacer el rey para atraerse al magnate, cuyos compromisos le agobiaban: aquejábale mas que todo, la falta de dinero, talisman supremo que tiene la rara virtud de allanar montañas, y hasta la de acortar, segun creen algunos, el camino del cielo, que es el colmo del sacrilegio.

El marqués, despreocupado y valiente como ningún otro y á quien, dueño de un terrible arcano, importábase muy poco la omnipotencia del gran privado don

Alvaro de Luna que regia á Castilla, sobre la cual reinaba y gobernaba de hecho propio á ciencia y paciencia del monarca de derecho, replegóse sobre su ingenio, que era extraordinario, concentró sus ideas, y en una de esas claras noches de insomnio que solía pasar observando los astros y consultándoles, concibió un proyecto fundado en no sabemos qué señales misteriosas que notó en el cielo, y destinado, segun creyó en su exaltación, á traerle la posibilidad de obtener fabulosos recursos con que hacer frente un día á sus planes revolucionarios, y aun también á obtener, segun parece, un grado de rehabilitación material sobre los demás hombres, con el don de obrar portentoso; en todo lo cual pudiera existir alguna relación tal vez con la idea que de antemano tenía formada en cuanto al palacio que llamaban maldito por una infernal antonomasia.

Sucedió esto, hallándose instalado el marqués en su especie de observatorio aéreo, á cielo abierto sobre los terradillos ó galerías apizarradas, sobrepuestas á la esplanada de ese mismo palacio, que llamaremos ya de Villena, el cual, será bueno advertir al paso, que habia pertenecido con sus dependencias al famoso hebreo don Samuel Leví, á cuyas espensas fue edificado en los buenos tiempos de su privanza con el rey don Pedro de Castilla, quien se lo confiscó luego de resultas de las cuentas rendidas de la Intendencia general del reino, que tuvo á su cargo el judío y á quien costaron vida y bienes.

Y al mismo tiempo que aquella señal profética infundía en la imaginación del marqués todo un tesoro de ilusiones, á la vez que brotaba en su mente una idea sobrenatural, casi divina, cuando surgía en su pecho la certidumbre de su realización, sus potencias fascinadas por un entusiasmo indecible cedían al imperio de la fantasía con todo el esplendor de lo maravilloso; un luminoso aereólito, uno de esos cuerpos errantes que suelen notarse en las claras noches de estío, cruzo de N. á S. seguido á poco de otros muchos, arrastrando sus cabelleras de fuego é incendiando visiblemente el espacio con su fulgor fosforescente.

(Se continuará)

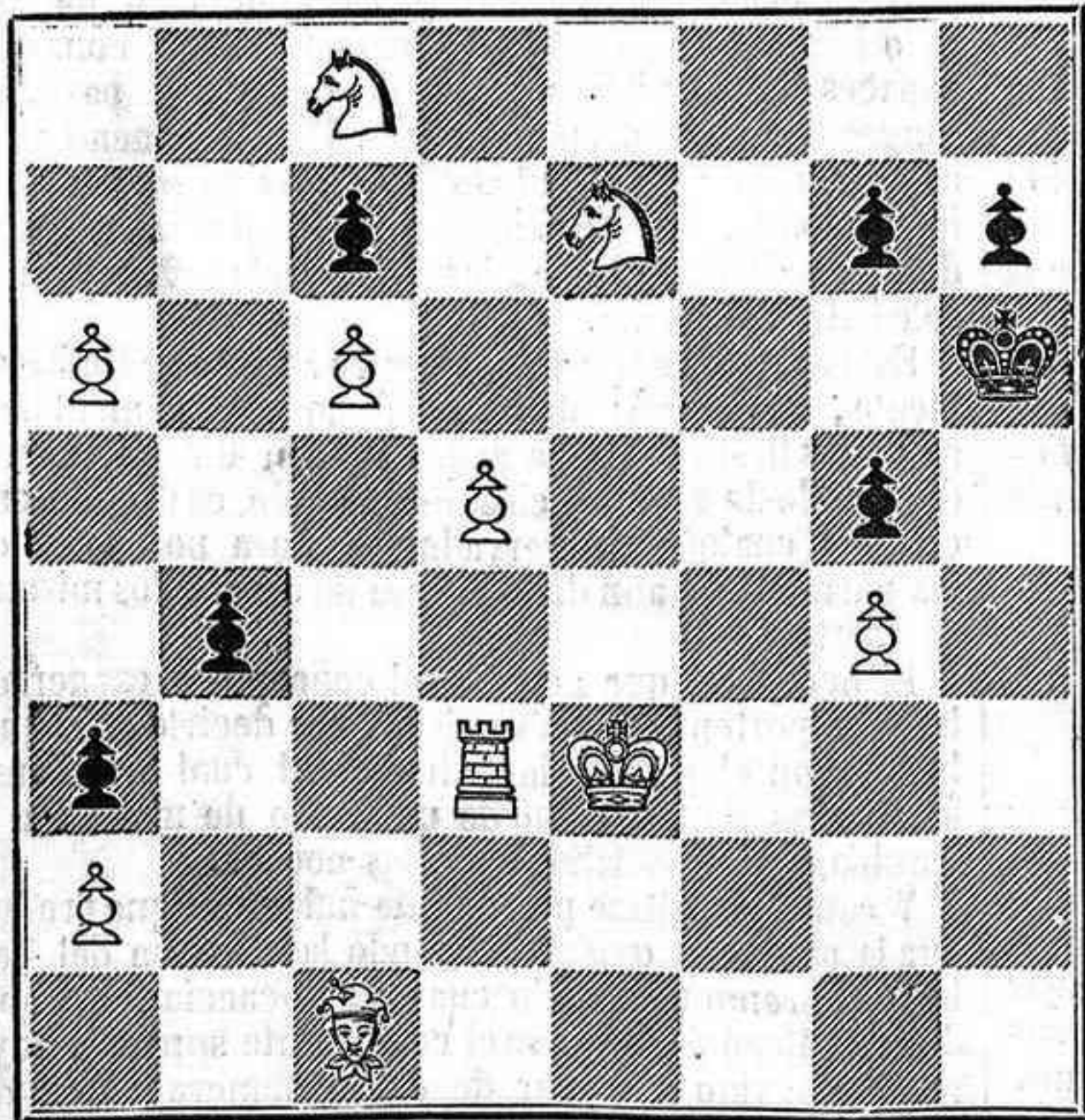
F. DE ZULUETA.

AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 77.

POR LOS SEÑORES DON J. MARQUEZ BURGOS Y DON M. ZAMORA (ALMERÍA).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CINCO JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. 76.

Blancos.

- 1.ª T t P A
- 2.ª D 6 D j-q.
- 3.ª A 6 D j-q. mate.

Negros.

- 1.ª T t T (A) (B) (C) (D)
- 2.ª R juega.

(A)

- 1.ª
- 2.ª D 5 A R jaq.
- 3.ª D jaq. mate.

- 1.ª R t P
- 2.ª R juega.

(B)

- 1.ª
- 2.ª D 6 D jaq.
- 3.ª A 6 D jaq. mate.

- 1.ª R 4 R
- 2.ª R t D 6 P

(C)

- 1.ª
- 2.ª D 6 D jaq.
- 3.ª D jaq. mate.

- 1.ª A 7 D
- 2.ª R 6 A D 6 P

(D)

- 1.ª
- 2.ª T t P jaq.
- 3.ª D 3 C R jaq. mate.

- 1.ª A 5 C D
- 2.ª R 4 R

SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Lerroux y Lara, M. Zafra, R. Canedo, J. Gonzalez, D. Garcia, E. Castro, J. Santo, F. Bosch, de Madrid.—R. Mata, de Granada.—A. Galvez de Sevilla.

SOLUCION DEL PROBLEMA NUM. XXXIX.

- 1.ª C 6 A D
- 2.ª D 3 C D
- 3.ª D 3 A R jaq. mate.

- 1.ª R 5 R (A)
- 2.ª cualquiera

(A)

- 1.ª
- 2.ª D 8 A R jaq.
- 3.ª D 3 A R jaq. mate.

- 1.ª R 6 P juegan.
- 2.ª R 5 R

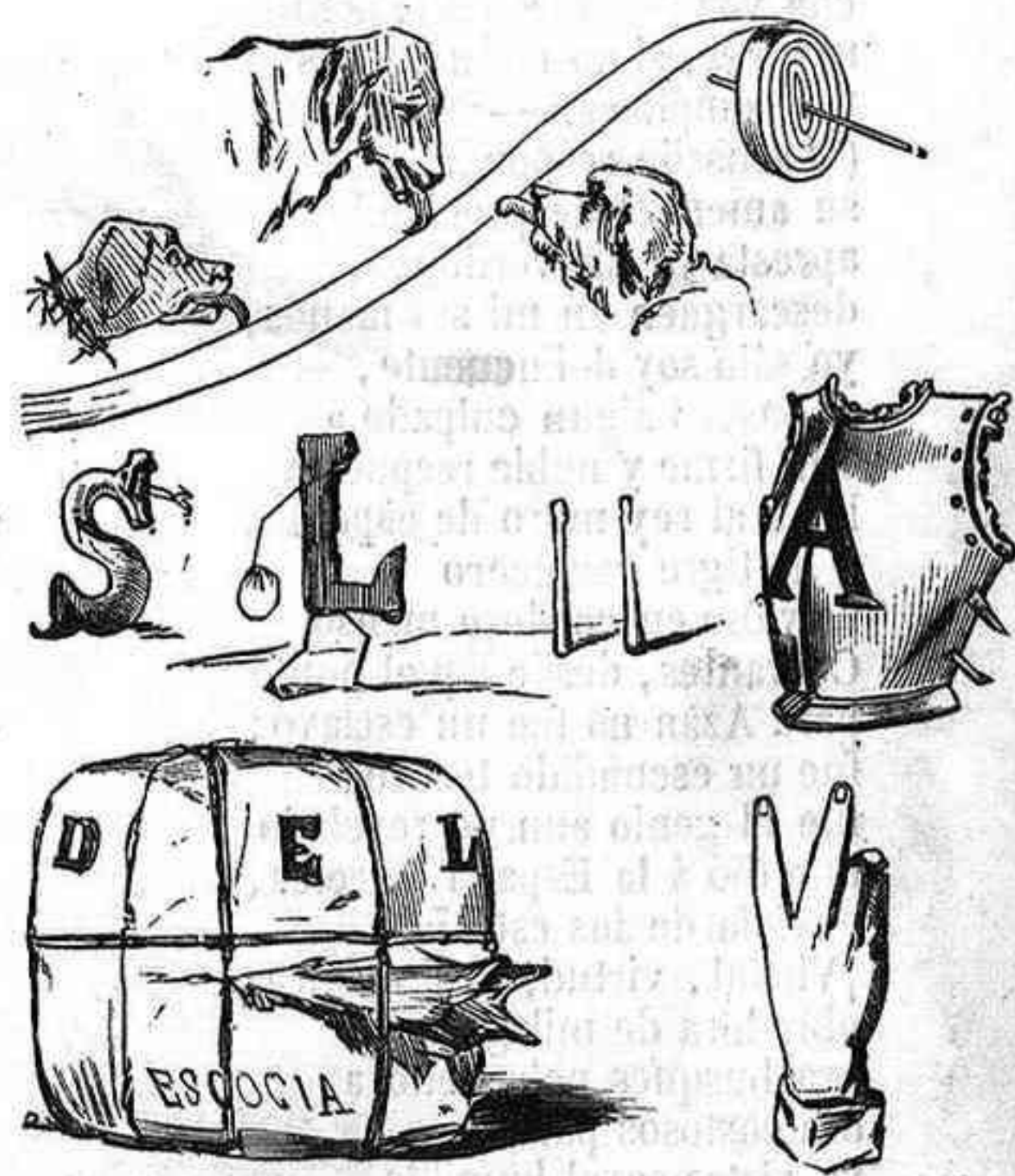
SOLUCIONES EXACTAS.

Señores M. Espinosa, A. Rodriguez, M. Lerroux y Lara, J. Perez M. Zafra, E. Castro, de Madrid.—R. Mata, de Granada.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

El parte de la batalla de Bailen hizo palidecer á Napoleon.



La solución de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR. IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE. 4.